

CAPITULO VII

El principio de la huelga ofensiva

Se había llegado a un punto en que no podía esperarse atenuación de la crisis, ni que se conjurase con paliativos ni con medidas conciliadoras. Toda conciliación llegó a ser imposible. La guerra de clases quedó declarada y se anunció feroz, implacable. Los enemigos se hallaban frente a frente y no podía pensarse en la paz hasta que uno de los adversarios cayese aplastado y triturado.

◀ No comenzó el proletariado a cañonazos las hostilidades contra la burguesía, sino por un acto formidable y sencillo, cruzándose de brazos. Pero apenas bosquejó el proletariado su actitud, el capitalismo se sintió sacudido por los estremecimientos de la agonía.

En el cuerpo social, como en el cuerpo humano, todo paro de funcionamiento, de circulación, le es perjudicial y nefasto.

¡Feliz presagio para los huelga-generalistas!

representa la excitación a perseverar, la certidumbre del triunfo próximo...

En tanto que los trabajadores se sentían confortados ante el desarrollo de los acontecimientos, los privilegiados sólo hallaban motivo para emociones de un orden opuesto: su espanto tocaba los límites de la locura.

La minoría parasitaria, cuya vida artificial y superficial era una mezcla de snobismo y de preocupaciones pueriles, estúpidas y lujosas, se sintió poseída de pánico irreflexivo desde las primeras convulsiones revolucionarias. Aquellos inútiles se vieron desamparados, fuera de su centro, abismados. El miedo al pueblo les aterraba.

En los barrios aristocráticos se produjo una desbandada loca, una huída desenfadada. Aquellos fin-de-raza creían llegado el fin del mundo: abandonaron sus espléndidos palacios y muchos fueron a encerrarse en sus castillos de provincia, donde se creyeron cándidamente al abrigo de la tempestad.

También se hizo el vacío en los grandes *caravanserais* internacionales, los hoteles suntuosos, los restaurantes selectos, en todos los lugares — malos o peores — donde afluían los extranjeros de marca, donde descansaban los altos usurpadores privilegiados.

La burguesía media, la que vivía del parasitismo de aquellos grandes parásitos,— comerciantes y proveedores del alto lujo —, también se sintió muy afectada por aquellas novedades, y jeremiaba sobre las dificultades de la vida, y, sobre todo, sobre el marasmo de los negocios, contando como pérdida lo que la huelga le impedía ganar.

En la Bolsa sintiéronse los síntomas del krack: las cotizaciones descendieron rápidamente a medida que iban desapareciendo los agiotistas, los jugadores, los cuervos y los caimanes; únicamente permanecieron en su puesto los obstinados, los que acariciaban el sueño de recoger millones en el derrumbamiento de la renta, aunque su ansiedad era visible.

Sin embargo, en el mundo de los propietarios los hacendistas hacían relativamente la menos mala figura. Más habituados a los bruscos golpes de la suerte, acostumbrados a las subidas fantásticas y a las caídas rápidas, olfateaban el beneficio que pudiera cosecharse en una catástrofe. En aquellas circunstancias no se dejaban dominar por la fiebre del espanto: sabían fingir fortaleza ante el peligro.

He ahí por qué los grandes dueños de los establecimientos bancarios, los dispensadores del crédito y reguladores de la circulación del oro, sangre de la sociedad capitalista, se pusie-

ron a la disposición del gobierno, decididos a hacer sacrificios y a ayudarle incondicionalmente.

Hubo algunos, entre los burgueses que conservaban su lucidez intelectual, y, no siendo abúlicos ni cobardes, estaban dispuestos a defenderse. Eran éstos los que habían recibido la educación nueva, que exalta la cultura física, orientada hacia la práctica de los deportes, que refuerza los músculos y da aquella decisión y energía que desprecia el peligro y no retrocede ante los primeros obstáculos: acostumbrados a los riesgos del auto, probadas las emociones de la aviación, habían adquirido tal valor decisivo y tal desprecio al peligro, que no se asustaban ante el primer choque. Comparábanse con los proletarios, considerándose con una musculatura tan fuerte como la de los más fornidos de ellos, y decidieron oponérseles. Su actitud, no exenta de fanfarronería, tenía su explicación: defendiendo su clase y sus privilegios, trataban de conservar su situación, combatían para que durase su vida de placer y de ociosidad.

Los clubs y los círculos de que formaban parte esos burgueses fuertes, deliberaron y acordaron presentarse al gobierno, ofreciendo constituirse en cuerpo de francos-burgueses para luchar contra el pueblo.

El gobierno se asustó ante la proposición; temía que la oferta ocultase una maniobra de los partidos monárquicos, cuyas esperanzas se despertaban ante el giro de los acontecimientos. Para no dar a sus partidarios cierto relieve, no aceptó el proyecto. Tuvo además una segunda razón para declinar la oferta: comprendió que su aceptación aumentaría la gravedad del momento, lo que no quería que se supusiera, por lo que dió las gracias en buenas palabras, asegurando que el ejército era suficiente para solucionar la crisis.

Esa confianza que simulaba y que quería inspirar, era implacablemente desmentida por los hechos. Por más que el ejército acampara y patrullara en las calles de París, a pesar de su empeño en suplantar a los huelguistas, el resultado no respondía al esfuerzo; la huelga adelantaba siempre impetuosa. Y la nervosidad ambiente, que aumentaba sin cesar, se acentuaba por la carencia de noticias: circulaban inquietantes rumores, y la ansiedad aumentaba con aquellos noticiones imposibles de comprobación.

Continuaba firme la suspensión de los diarios; de ellos, los más poderosos por sus medios financieros, apenas podían dar a la publicidad hojas rudimentarias intermitentes.

La ciudad había perdido su decoración de

lujo y de alegría, y adquiriría la patina de necrópolis. Ya no era la ciudad atareada, comercial y manufacturera, sino un cuerpo en descomposición; y los estremecimientos que la animaban tenían semejanza con el gorgoteo de una descomposición interna. La ocupación militar, que le daba cierto aspecto de ciudad conquistada, no borraba la impresión de cuerpo moribundo. Sus calles estaban tristes y solitarias; sólo persistía la circulación en las grandes arterias, donde transitaba una multitud compuesta de obreros y empleados huelguistas y de azorados burgueses.

La circulación de los coches era reducidísima: algunos coches, no dirigidos por cocheros de profesión, y algunos autos, llevando al volante aficionados, burgueses jóvenes y robustos que hacían alarde de fuerza y bravura.

La mayor parte de las tiendas permanecían cerradas; por excepción se hallaban entreabiertos algunos cafés y tabernas donde patronos y personal familiar aseguraban el servicio.

La vida, reducida a las necesidades materiales, se hacía cada vez más penosa. Aumentaban las dificultades del abastecimiento; a pesar de todos sus esfuerzos, el gobierno no lograba el concurso de los proveedores del mercado.

En los primeros días, cuantos podían, se

dirigieron a los almacenes de comestibles para proveerse de reservas alimenticias; pero esa precaución, fácil a las familias burguesas, era imposible a las proletarias.

Muchos obreros, sin más recurso que el jornal, agotaron las subsistencias el primer día. Trabajando siempre no lograban satisfacer todas sus necesidades materiales, ¿cómo hubieran podido comprar provisiones?... A la sazón, faltos de jornal, y con la perspectiva de la carestía del precio de los artículos de indispensable consumo, ¿cómo se arreglarían?... Si permanecían con los brazos cruzados no tardaría en aparecer el hambre.

Como primer recurso los sindicatos echaron mano a los socorros sindicales y a las cocinas comunistas, pero ¿de qué servían en aquel conflicto las cajas de resistencia? Y si por el pronto hubieran entretenido el hambre, ¿qué harían los huelguistas de ayer y los huelguistas de hoy, en vista del agotamiento de las cajas, sino volver al trabajo?

Además, preciso era contar con otros más terriblemente desgraciados, con los perpetuos huelguistas, con los sin trabajo; multitudes reducidas al último extremo; verdaderos desechos sociales, que dejaron en el Monte de Piedad cuanto poseían; esos infelices que no se sabe cómo viven, o que mueren a fuego

lento. Porque no era cosa de procurarse comida para unos dejando tras de sí una reserva de hambrientos, carne de trabajo, que podrían volverse contra los huelguistas.

¿No se correría el riesgo de derivar la huelga general en guerra fratricida, de infelices contra infelices, de parados contra huelguistas?

En resumen: la cuestión alimenticia se imponía sobre todo; era el enigma de la nueva esfinge: si el proletariado hallaba la solución, se abría amplia, bella y libre vía; si no, sería devorado..., recaería bajo un yugo más pesado que el que antes le sujetaba y oprimía.

Desde la declaración de la huelga, las grandes cooperativas de consumo se ofrecieron a suministrar pan, no sólo a sus asociados, sino también a los no cooperadores.

Es evidente que, dado el mecanismo comercial, las cooperativas no podrían proceder a distribuciones gratuitas de pan y otros alimentos de que disponían más que en cortas proporciones; pero, aunque hubieran hecho mucho más, aun sería insuficiente para alimentar tan enorme multitud.

En aquella hora psicológica que iba a decidir del porvenir del movimiento, el pueblo tuvo la intuición de las necesidades imprescindibles;

fuera simple instinto de conservación, o remiscencia de las teorías sociales, antes sembradas en los cerebros, para despertar y desarrollarse bruscamente en el momento fatídico.

En aquel caso se produjeron en la clase obrera los mismos fenómenos de inspiración espontánea y de audacia fecunda que marcaron la aurora de la revolución de 1789 a 1793. Aquella revolución, de la que se han exaltado casi exclusivamente las aspiraciones políticas, fué ilustrada por actos que denotaban profundas tendencias sociales. Antes de preocuparse de la forma de gobierno, el pueblo pensaba en vivir, y pedía cuentas a los ricos, a los monopolizadores. En poblaciones urbanas y rurales ocurrieron innumerables levantamientos de carácter social: aquí, bandas revolucionarias tomaban por asalto los almacenes de trigo y repartían las provisiones halladas; allá, otras bandas se apoderaban de la harina, la llevaban a la tahona y, hecha la cocción, distribuían el pan; en otro lado, la multitud exigía la venta a bajo precio, para que todos pudieran proveerse; en todas partes el primer móvil del movimiento era el pan, y, siguiendo el impulso, los rebeldes saqueaban las casas de los perceptores de las contribuciones y las casas señoriales y quemaban los papeles concernientes a los derechos feudales, los impuestos, etc.

Idéntico impulso se reveló en la clase obrera a la proclamación de la huelga general: una inspiración de rebeldía animó a los desgraciados sin trabajo, hasta entonces tan indecisos, tan faltos de energía; no pensaron ya en convertirse en amarillos o esquiroles, sino en vivir. Ellos, y todos los inconscientes que el día anterior se inclinaban sufriendo sin esperanza, entrevieron la salvación, la evasión de la miseria, inspirados por las mismas ideas que inspiraban al pueblo en 1789: asegurarse el pan, las subsistencias...

Formáronse bandas que por todas partes asaltaban tahonas, tiendas de comestibles y carnicerías, y a los comerciantes que protestaban les firmaban bonos de requisición, asegurándoles formalmente que serían reintegrados en la Bolsa del Trabajo, procediendo en seguida a la distribución gratuita.

Contra esas bandas, que surgían espontáneamente y obraban en puntos lejanos entre sí, se interpuso la policía y la tropa. ¡Vana intervención! La fuerza armada solía llegar siempre tarde; pero, aun en los raros casos que llegaba a tiempo para dispersar a los saqueadores, no encontraba resistencia: la banda, compuesta de hombres, mujeres y niños se dejaba dispersar sin esfuerzo. Los que quedaban detenidos por los polizontes seguían sin rebelión,

confiaban en ser pronto libertados en la misma prevención. Esa pasividad rebelde dificultaba el empleo de la violencia contra aquellas bandas e impidió que, por numerosas y siempre reiteradas que fueran tales escenas de requisición, rara vez fueran trágicas.

Aquella no-resistencia no era más que una táctica, a que la multitud ha recurrido en distintas ocasiones: tenía la prudencia de negarse a las batallas inútiles y peligrosas, que para ella hubieran sido hecatombes. Pero cuando era oportuno desvanecerse, su retirada no era una desbandada; después de ceder en un punto se rehacía en otro barrio, y así los soldados del orden habían de comenzar de nuevo.

Por otra parte, las autoridades pudieron bien darse cuenta de que el respeto que antes inspiraban a los obreros se disipaba por momentos.

Pronto se vieron los polizontes imposibilitados de circular libremente; se les empezó a cazar hasta en sus mismos domicilios. Como todos ellos habitaban en los barrios populosos, como vivían en las mismas casas que los huelguistas, sus vecinos empezaron contra ellos una campaña de represalias. En su mayor parte se habían alistado en la policía como único

medio de vida a su alcance, y éstos, no inspirados por el fuego sacro, cuando vieron que el oficio se volvía escabroso y que se habían de recibir golpes, descuidaron el servicio, se retiraron y no se les volvió a ver; los otros, los que sentían a su manera el cumplimiento del deber, para substraerse a los rencores populares, pidieron ser acuartelados.

La batida a los polizontes de toda clase se organizó vigorosa e implacable. Abriéronse informaciones rápidas contra los sospechosos, llevadas a buen término por el vecindario, y pronto fueron depurados los barrios obreros.

También los grupos antimilitaristas redoblaron su audacia: ya no se limitaban a dirigirse a los piquetes de soldados; les atraían a sus reuniones; les recordaban el ejemplo de los guardias franceses de 1789, los soldados del 18 marzo de 1871, y les incitaban a imitarles.

Más de una vez pasaron los antimilitaristas de las palabras a la acción, desarmando a los centinelas y hasta todos los soldados de un cuerpo de guardia, debido a que éstos se sometieron a la violencia demostrando una complacencia benévola.

La inquietud del ejército y su depresión moral aumentaban, agravadas por las deplorables condiciones en que se hallaba; sintiendo

también en el rancho escaso y malo las consecuencias de la huelga; sobrecargado de servicio, y obligado a una campaña que le repugnaba cada vez más. Como consecuencia, el cansancio y la repugnancia debilitaban la disciplina.

Los soldados movilizados para reemplazar a los huelguistas cumplían con torpeza e indiferencia, y los resultados eran deplorables; su trabajo venía a ser un sabotaje inconsciente.

El ejército obedecía con mala voluntad. No se les ocultaba el hecho a los jefes, quienes observaban el aumento de la indisciplina; pero no osaban castigar por no acrecentar el daño observado, limitándose a reprender a sus subordinados, tratando de animarlos con arengas patrióticas.

Resultaba al fin que el ejército, única fuerza positiva a la disposición del gobierno, se debilitaba por momentos. El progreso de la propaganda antimilitarista se hacía patente, y un observador prudente no podía menos de reconocer que la huella era profunda, y que el menor incidente, una consigna más severa, por ejemplo, o una orden que pudiera parecer rigurosa o excesiva, ocasionaría la franca rebeldía.

Sentíase a los soldados agitados, dispuestos a la desobediencia, más inclinados a hacer causa común con el pueblo que a marchar contra él.

CAPITULO VIII

Requisición revolucionaria

Los procedimientos de requisición incoherente, usados, desde el principio de la huelga por las bandas de los sin-trabajo, fueron útiles porque dieron orientación al movimiento, pero eran insuficientes e inseguros. Ya en esa vía, los organismos sindicales tomaron la iniciativa de una distribución basada en un método racional.

Esa iniciativa se imponía con todo el rigor de la lógica: si los sindicatos (que se proclamaban aptos para la reorganización completa de la sociedad) hubiesen dejado al gobierno solo el cuidado del abastecimiento, hubieran caído rápidamente en el descrédito; su incapacidad, comparada con la acción del gobierno, hubiera renovado el prestigio gubernamental, demostrando que no era tan inútil y perjudicial como suponían sus detractores.